



EL GENERAL CRISTIANO GORDON

¡Qué edificante — no ya instructivo sólo — resulta leer en estos días el Diario que llevaba en Jartum el mayor-general C. G. Gordon y que fué hallado en dicha plaza cuando, muerto ya éste, entró en ella lord Kitchener!

El general Gordon, un místico y un hombre de acción — dos cosas que se aían perfectamente, — era la tradición cromwelliana, de la de aquel Cromwell que creía en la presencia y asistencia de Dios y que el 20 de abril de 1653 disolvió un Parlamento, pero lo disolvió diciendo: «En el nombre de Dios... largo de aquí!» Pero podía decirlo, porque Cromwell creía en Dios, en el Dios de los Santos Evangelios, Evangelios que se prohíbe vender en las estaciones de la Compañía del Norte de España. Y el general Gordon creía también en el Dios de los Evangelios, que es el mismo de los musulmanes. «El Dios de los musulmanes es «nuestro» Dios» — escribía Gordon en su Diario el 12 de setiembre de 1884.

El Diario de Gordon está sembrado de observaciones sobre el arte de la guerra y el de la colonización, sobre política, sobre psicología de los pueblos musulmanes y sobre problemas religiosos y aun teológicos. Escribió, además, entre otras cosas, unas «Reflexiones en Palestina», que empiezan por una oración.

El general Gordon viajaba en sus campañas asiáticas y africanas, con los Evangelios, la Imitación de Cristo; otras obras piadosas — hay quien agrega que con algunas botellas de whisky también, — pero no con amigas mercenarias ni con el libro de las cuarenta hojas. Como Cromwell sabía que para hacer un ejército de una patria cristiana hay que proscribir de él en cuanto posible los vicios del juego, de las mujeres y del vino. Y más actuando en ciertos países.

«La palabra Islam — escribía Gordon en Jartum el 14 IX 1884 — significa resignarse o entregarse enteramente a Dios y su servicio, esto es, el sacrificio propio, y por lo tanto un verdadero cristiano es de la religión del Islam en cuanto hace al nombre.» El general Gordon supo encontrar aquella suprema unidad religiosa en que se unen cristianismo e islamismo.

El cristianísimo general Gordon, hombre de Dios, tenía un sentimiento y un concepto cristianos del patriotismo y de la patria, muy lejanos de aquellos ca-

ballerescos — es decir, paganos — que hacen consistir la honra en defenderla y no enmendarla. Refiriéndose a sir Evelyn Baring, escribía en su Diario Gordon (17 XI 1884): «Es ciertamente más patriótica su conducta si el patriotismo consiste en obedecer al Gobierno existente en el país de uno.» ¡Por qué no!; el cristianísimo y patriota general Gordon no sentía que consistiera en eso el patriotismo. Y el editor del Diario, A. Egmont Hake, se cree obligado a poner a ese pasaje una nota que dice así: «El patriotismo no consiste en obedecer a un Gobierno existente, sino en el amor a la patria de uno y en la devoción a su interés y bien públicos.»

Y así es. El general Gordon, que sabiéndose de corrido el Nuevo Testamento, podía desconocer lo que San Pablo en el capítulo XIII de su Epístola a los Romanos dice de la obligación de someterse a los poderes constituidos y corrobora San Pedro (Primera, II 13-17) que nombra expresamente al rey, sabía comprender también lo de «dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mar. XXII, 21), y llegó un momento en que para dar a Dios lo que es de Dios, supo con entera libertad cristiana desobedecer a las autoridades de su pueblo.

Se habló en Inglaterra de los peculiares puntos de vista del general Gordon y de su desobediencia a las órdenes recibidas, y el editor de su Diario, A. Egmont Hake, se cree obligado a defenderle de ese reproche. «El deber para conmigo mismo como hombre temeroso de Dios y honorable, me impide ser capaz de cumplir tales órdenes» — le hace decir el editor.

El general Gordon se negó a evacuar unas plazas cuando se lo mandó sir E. Baring; pero lo mismo se habría negado a ocupar otras si hubiera creído en su conciencia, que ello no respondía a su misión. Porque el general Gordon, que tenía de su misión en el Sudán una idea ilustrada por su constante meditación de la Providencia de Dios, del Dios en cuyo nombre disolvió Cromwell el Parlamento, el general Gordon que se distinguió por la austeridad de su vida privada, sabía que era él y no otro el que ante Dios y ante la historia — que es el pensamiento de Dios en la Tierra — tendría que responder de sus actos.

¡Y lo que sobre el suicidio escribía el 14 de setiembre! Dudaba si en el caso de ser tomado Jartum volar el palacio con todo lo que estaba allí, él inclusive, o ser

preso por el Mahdi, y con el favor de Dios mantener la fe y sufrir por ella. Y escribía: «El hacer volar el palacio es lo más sencillo, mientras que lo otro significa largo y costoso sufrimiento y humillación de todas suertes. Creo que he de elegir lo segundo, no por miedo a la muerte, sino porque lo primero tiene más o menos tinte de suicidio, en cuanto no puede hacer bien a nadie, y es, en cierto modo, quitar las cosas de las manos de Dios.»

«En cuanto no puede hacer bien a nadie» ¡Qué finísima aprensión de la esencia del pecado de suicidio! Con matarse el general Gordon para no ser preso del Mahdi, no habría hecho bien a nadie. El gran general cristiano — él sí que lo era — sabía obedecer la ley de Dios desobediendo las órdenes de sus superiores.

Miguel DE UNAMUNO.

